

## PRÓLOGO

### RIBERA DEL SEGRIÀ, 1992

*Estaba oscuro como boca de lobo y la luna se había escondido detrás de unas nubes. Si en ese instante me hubiera podido enterrar en un rincón y quedarme dentro del agujero, sin salir de él nunca más, lo hubiera hecho, muy lejos de cualquier ser de la especie humana, a la que en ese momento despreciaba con todas mis fuerzas. Y yo me incluía.*

*Pero tenía que seguir, no me sobraban ánimos para decisión alguna y de forma inconsciente me estaba dirigiendo a casa. Tan solo unos pasos más por aquella calle del pueblo que ahora se me representaba totalmente inhóspito y extraño. Herida en mi amor propio y humillada, abrí la puerta. No recordaba en qué estado había dejado la habitación hasta que di la luz. El desorden era tangible. Las pinturas del maquillaje sin guardar estaban extendidas sobre la cama. Las faldas y las blusas que me había probado por la tarde una y mil veces estaban tiradas por el suelo y ya no quedaba ni rastro de la ilusión y la emoción que yo misma les había contagiado pocas horas antes.*

*Lo veía todo borroso, como en medio de una película antigua, de las que se rodaban en blanco y negro. El color había desaparecido de repente de mi vida, como si una sombra gris hubiera caído sobre mí y lo cubriese todo.*

*Me senté en la cama como una pieza más del desbarajuste que reinaba en todas partes, yo también era un objeto que alguien hubiera dejado de cualquier manera. Contemplar aquel panorama me hundía aún más en el desconcierto que sentía. ¿Era yo quien había provocado aquel descalabro? ¿Era yo quien había salido a la calle impaciente e ilusionada por vivir*

*la última noche de la Fiesta Mayor del pueblo de mis tíos? ¿Era yo la chica avergonzada que ahora no se podía creer lo que había ocurrido?*

*No tenía ánimos para acercarme al espejo, pero lo hice. Los ojos llorosos y la piel apagada me devolvían una imagen difícil de identificar. Me desnudé deprisa. Parecía que la energía me hubiera vuelto de repente. La ropa me quemaba, como si de todo el odio y la rabia que nacían dentro de mí tuvieran la culpa la pobre camisa o los pantalones cortos de color rosa que tanto me gustaban. La ira que me cegaba lo impregnaba todo. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?*

*La ducha no fue el bálsamo que esperaba. Ojalá el jabón pudiera borrar el tiempo igual que una de aquellas gomas que utilizaba en la escuela. Lo intenté, pero no lo conseguí a pesar de frotarme tan fuerte como pude. Me hice daño. Necesitaba hacerme daño. Las lágrimas se confundieron con el agua que huía por el agujero de la bañera, pero esa noche eran más saladas y crueles que nunca.*

\* \* \*

Horas antes, al atardecer, a Irene y a María, así como a la gente de Ribera del Segrià que se disponía a vivir las últimas horas de la Fiesta Mayor, les había encantado la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos de Barcelona. Las dos chicas se sentían cercanas al espíritu de “aquellos amigos para siempre” que se escuchaba desde el televisor. Mientras elegían qué pintalabios utilizar o analizaban fríamente si se pondrían pantalones o una falda corta, las imágenes de la televisión les hablaban de una euforia y una alegría que ellas también compartían.

Al despedirse con un abrazo de sus tíos, su tía había arrugado la nariz al verla tan pintada, pero no le comentó nada. Y si tenía miedo de que en el pueblo la criticaran, prefirió callar. “Da lo mismo —pensó—, todas van igual.”

Irene había pasado por casa a buscarla, pero antes de salir se hicieron una foto de recuerdo. Ya no se volverían a reunir hasta después de unos meses, seguramente hasta Na-

vidad. A pesar de ser una de Mataró y la otra de Barcelona, solo coincidían en el pueblo, en casa de los parientes. Allí se habían conocido de pequeñas y, de vacaciones en vacaciones, habían profundizado en su amistad. Así que se colocaron en la puerta del balcón mientras su tío las enfocaba con el objetivo sin poder reprimir la sonrisa ante sus bromas. Irene, con un vestido rojizo que le acentuaba el color dorado de la piel, y María, con una camisa blanca y pantalones cortos.

Las dos, ansiosas y expectantes, por una jornada que apenas comenzaba.

Era una noche de agosto estrellada y bochornosa. Las calles estaban llenas de gente que se dirigía a la carpa de la plaza. El espacio, cubierto por un gran toldo, estaba dominado por una tarima donde se situaba la orquesta. Grupos de adolescentes hacían tiempo esperando a escuchar la primera canción. Uno de esos conjuntos musicales que van de pueblo en pueblo animaba el baile de las fiestas. Tocaban bien e incluso las versiones que cantaban de las últimas canciones de moda estaban a la altura de las originales. La luna se veía clara y brillante.

Las primeras notas de ensayo planearon por la plaza. Entre los forasteros, destacaba María Roca. La chica disfrutaba de la libertad que le suponía divertirse con los colegas sin la custodia vigilante de sus padres. Hasta entonces, hasta aquella Fiesta Mayor con sus tíos, no había salido nunca. Pero allí, los adolescentes tenían permiso para volver a casa tarde. Aun así le habían repetido que cuando terminara el baile la querían de regreso enseguida, que no se entretuviera demasiado.

La joven era atractiva. Se hacía mirar. Era más alta que ninguna de sus amigas y tenía un estilo impropio de sus quince años. Le chocaba cómo los hombres de aquel pueblo la admiraban y, aunque en el fondo era tímida, disfrutaba con esos ojos anónimos que la recorrían de arriba abajo. Quizás era la primera vez que era consciente del todo de este interés. Por mucho que en el instituto hubiera llamado la atención, no se había dado suficiente cuenta. Ahora sí. Y empezaba a estar orgullosa de ello. Era una fuerza que tenía, desconocida hasta entonces. Y la excitaba. Crecía en su interior un albo-

roto, una agitación que la acercaba a emociones distintas y clandestinas. Y estos sentimientos la cautivaban, la seducían. Y ahora quería más.

Irene la cogió por el brazo presumiendo de su amistad y se la llevó hacia el centro de la pista.

—Vamos, María; si bailo contigo, también me mirarán a mí —dijo riendo y empezando a dar vueltas.

Irene se movía con gracia y encanto. No era tan alta como María, sino más bien bajita y fina. Muy morena de haber tomado el sol todo el verano, sus ojos verdes y el rostro pecoso conformaban un aspecto atractivo y encantador. Parecía vergonzosa, pero su mirada se movía atrevida y desafiante. Así que no tenía nada de apocada o insegura. Ese día, como María, deseaba disfrutar de lo lindo. Ya eran mayores y querían empezar a probar un poco de aquello de los frutos prohibidos de la vida.

Las demás integrantes del grupo se añadieron a ellas y fueron el núcleo de atención de muchos ribereños durante un buen rato. Sentirse el centro les suponía un estímulo. Un placer. Más tarde, poco a poco la pista se llenó de parejas y pasaron más desapercibidas.

No contaba la temperatura, el aire caliente que subía de la pista de cemento podía provocar mareo en más de uno, pero no importaba; tampoco el cansancio, solo valía la diversión.

El calor continuaba sofocante y no daba tregua y, en el descanso, parecía que cuanto más avanzaba el reloj, más calor hacía. Durante el intervalo se recuperaban las fuerzas en el bar de la plaza. Todo el pueblo acudía tras dos horas de moverse con suficiente ritmo para necesitar una copa. Los compañeros de María e Irene también estaban. Pero ellas no se veían por ninguna parte y los demás del grupo se preguntaban dónde estarían. Las esperaban en la barra, ya que habían convenido juntarse allí por si se despistaban entre tanta gente. Les extrañó que no hubieran acudido. Las buscaron, pero no aparecieron. Aunque intrigados, pensaban que ya se presentarían e intentaron que les sirvieran algún refresco para beber antes de continuar el baile.

El bar estaba lleno hasta la bandera. El bochorno era intenso y apagar la sed se convertía en la única prioridad en ese momento.

Adriana, la dueña, no paraba de atender las mesas. Ligera y simpática, la mujer hacía todo lo que podía y más. Con una mano apuntaba los encargos y con la otra ya los estaba repartiendo.

—¡Se me va a emborrachar todo el pueblo! —iba diciendo en voz baja, entre carcajadas, porque aquellos días tenían buenos ingresos. Su marido refunfuñaba porque no daban abasto y porque temía que la parroquia se fuera hacia el otro bar por más lejos de la plaza que quedara.

—Me prometiste que vendría tu hermano a ayudarnos —le recordaba desde la barra, donde se le acumulaban los clientes, sin parar de quejarse ni un momento.

Pero la mujer, que no tenía ni idea de dónde había ido el joven, se sacaba el trabajo como tres camareras al mismo tiempo, y a medida que la clientela consumía las cervezas o los cubatas, se mostraba más sosegada y ya no la aturdiría con sus pedidos. Las primeras notas ya se oían cuando los últimos bailarines se dirigían de nuevo a continuar la fiesta. María e Irene seguían perdidas y sus amigos, decepcionados, también abandonaron el local y fueron hacia la carpa. Más de uno o una pensaba que las forasteras siempre iban por libre y si estaban intranquilos, en cuanto llegaron al baile, se olvidaron de ellas.

Si las hubieran esperado unos minutos más, quizá hubieran sabido los motivos de su informalidad. Adriana las vio entrar en el bar. Las siguió con curiosidad porque en aquellos momentos todo el mundo estaba en la fiesta. Ella misma estaría allí si no tuviera que estar trabajando. La dueña retiraba cajas de botellas vacías hacia el almacén y traía otras llenas, preparándose para la traca final que supondría el fin del baile. Mientras les servía unas naranjadas, las vigiló un rato. Las dos muchachitas hablaban en voz muy baja a pesar de que estaban solas. Le pareció que los rostros estaban desencajados y que lloraban. Un llanto hecho de frustración y desesperación.

Alguien les había provocado una rabieta. O quizás algún disgusto peor. Luego enfilaron hacia los lavabos y Adriana, cuando salían, pensó que la raya en los ojos o el rojo de los labios no habían sido suficiente para maquillar el desconsuelo o la tristeza. Siguió trasteando con rostro inexpresivo, pero por dentro no las tenía todas consigo.

## CAPÍTULO I

LLEIDA, 2010

Anna Grimm, sargento de la comisaría de la Policía de Lleida,<sup>1</sup> se tomaba un café mientras contemplaba los edificios desdibujados por la niebla. Más allá de su ático, todo era gris y oscuro. Como su vida. Las luces de las casas de enfrente se encendían progresivamente y Anna, aún medio dormida, apartaba las cortinas del comedor con un gesto casi inconsciente.

El último año, Anna había cambiado. La estabilidad y el equilibrio interior, que siempre la habían caracterizado, se habían desvanecido. Pero se las había arreglado para seguir con el día a día. Para continuar cada mañana con la rutina de antes aunque ella no fuera la misma. Ya no.

Detrás de los cristales, pensaba en su hermana pequeña. La imaginaba enterrada en cualquier paraje solitario, inaccesible, cubierta por un palmo de tierra, tirada de forma brusca y descuidada por su raptor. Sola, desamparada, devorada por los gusanos, en medio de una fiesta macabra.

El azar o la casualidad harían que algún excursionista o cazador tropezara con unos restos inesperados. Restos anónimos que seguro lo sobresaltarían, que le despertarían la curiosidad, y al acercarse, aquel desconocido, con los ojos llenos de espanto y de terror, reconocería que aquello era el cadáver de alguien. De Clara.

La casa todavía se mantenía a oscuras. La tenue luz del exterior iluminaba el comedor y el día se despertaba igual que el piso que, lentamente, recuperaba las formas de siempre.

---

1. Se trata de la policía catalana, el cuerpo de los Mossos d'Esquadra desplegado en Catalunya.

Apoyada en el alféizar de la ventana, miraba indolente a los hombres y mujeres que pasaban por la calle, algunos con prisas, otros como si las manecillas del reloj aún no hubieran empezado a rodar. Desde su piso, se le representaban espíritus fantasmagóricos como los protagonistas de las pesadillas que solía tener. Como los seres irreales que dibujaba de pequeña y a los que, ya soñando ser policía, encerraba en celdas pintadas de color negro. Siempre dibujaba unos barrotes en las ventanas que separaban a los buenos de los malos. Un mundo donde el mal no tenía cabida, donde era fácil arrinconarlo. “¡Qué fácil era encerrar a los malvados en aquellas cárceles!”, se decía medio sonriendo.

Dejó de mirar a la calle y se sentó en el sofá. Las manos le temblaban y, por unos instantes, temió que la taza del café no se le cayera al suelo.

¿Habría sufrido? ¿La habrían torturado...? Era cruel e inútil hurgar en la herida, pero no podía dejar de hacerlo, de especular en lo que le habría pasado. Era un pensamiento recurrente que la tenía atrapada a todas horas.

Su mente podía continuar creando mil y una escenas tétricas. Le provocaba un placer morboso recrear imágenes horribles, consciente de que aquello la atormentaba. No admitía que ella pudiera levantarse cada mañana mientras Clara... Sufría, pero así se equilibraba la balanza.

“¡Ya basta!”, se ordenó en un intento por no martirizarse más.

La posibilidad de la muerte de Clara la perturbaba continuamente. Tenía que esforzarse para olvidarla. Últimamente tenía que obligarse a ello. Había otras hipótesis —se repetía—. Podía ser que un perverso la retuviera, un desequilibrado que se hubiera encaprichado de Clara y se la hubiera quedado para él. ¿Por qué no? Era una idea que odiaba, pero paradójicamente se aferraba a ella como su última esperanza. Necesitaba pensar que algún día la encontraría con vida. No quería ni siquiera imaginar que el mal se saldría con la suya y menos en el caso de Clara. El café era amargo. Como sus recuerdos. Se levantó nerviosa. Impotente, tiró la taza en el fregadero. Como si la pobre taza tuviera la culpa de su mal humor. Los pedazos abandonados fueron testigos de su desasosiego.

Miró el reloj. Se vistió, consciente de la soledad que la rodeaba. Agradecía aquel silencio que la dejaba disfrutar de sus pensamientos, un lujo que, después, en el trabajo, no se podría permitir.

Como cada mañana se preguntaba si se produciría algún avance en la investigación de la desaparición de Clara. No soportaba pensar que sería igual que el anterior. Y que el otro. Quizás aquel jueves —ojalá— habría alguna novedad.

Su hermana había desaparecido en Begur hacía más de un año sin dejar rastro y ella no había podido averiguar ningún dato que ayudara a esclarecer el misterio. Casos y más casos que había resuelto en sus años de experiencia no habían servido para nada. Había consumido media vida solucionando robos o crímenes y ella, “la brillante investigadora”, cuando llegó el caso más importante de su vida, se había sentido como un cero a la izquierda, como una principiante.

¿Cómo era posible que no hubiese podido colaborar al cien por cien? ¿Cómo era posible que no hubiese sabido buscar pistas que llevaran a la resolución del misterio? ¿Cómo era posible que su aportación hubiese sido completamente nula? Había muchas preguntas; de hecho, era lo único que había; las que ella se repetía continuamente.

“¿Por qué no intuí que estabas en peligro, Clara? ¿Cómo es que no me di cuenta?”

Desde que empezó a trabajar en la policía, Anna sabía que cuando una persona desaparece así, sin avisar, la alarma que se produce entre los familiares más cercanos es tal que imposibilita la vida diaria. Había asistido a ciudadanos que habían sufrido por aquel trance. En más de una ocasión, la incertidumbre destruía a los que esperaban a un ser querido al que quizás no abrazarían más.

“Es muy distinto cuando son tus padres los que están destrozados, cuando es a ellos a los que debes dar ánimos —meditaba—; es inhumano vivir con el desconocimiento, con esta añoranza que se eterniza. Ya hace más de un año, Clara... ¿Por qué no te he encontrado?”

Era la hora de irse a comisaría. Antes, sin embargo, consultó el correo. Sus padres preferían comunicarse con ella por

Internet y no estar pendientes de si podía o no responderles al móvil. Tenía un breve mensaje.

“Anna:

Papá se mareaba a menudo, se cansa mucho y volveremos al cardiólogo. Ya sabes qué gruñón es, pero se ha comprometido a ir y ya tenemos hora.

Y tú, ¿cómo estás?

Pronto será su cumpleaños... A tu padre y a mí nos gustaría que vinieras y así la recordaríamos juntos. ¿Qué te parece?

Cuidate,

y como siempre besitos de los dos.

Mamá”

“Hoy les llamaré”, decidió.

Preocupada por ellos, se puso la chaqueta y cerró la puerta del piso. Fuera, la ciudad iba adaptándose al ritmo y a la cadencia de la vida cotidiana. Anna no se acostumbraba al clima de la zona y ahora que ya estaban a mediados de noviembre y la niebla empezaba a hacer las primeras apariciones, todavía añoraba más el mar plateado de Begur. Las mañanas serenas y la luz infinita. La felicidad rota y la alegría perdida.

“Quizás la próxima semana me podría regalar unos días de vacaciones y volver a casa. Aprovecharé para repasar otra vez cuáles fueron sus últimos movimientos”, pensó obsesivamente.

¿Dónde había ido Clara antes de desaparecer, ¿con quién había estado?, ¿qué lugares había visitado?, ¿con quién había hablado...? Lo había repasado hasta la saciedad, pero sentía remordimientos de no haber actuado bien, de no haberla buscado más exhaustivamente, de no haber levantado hasta la última piedra de cada uno de los caminos o el último grano de arena de las playas de la comarca.

“No tenía que haber vuelto a Lleida. Me dejé convencer demasiado de prisa. Los compañeros, los amigos... Debería haberme quedado con nuestros padres. No regresar aquí. Que si tienes que hacer la vida de siempre, que es mejor que no estés implicada tan directamente y ahora... todo está estancado por más que me expliquen que están trabajando. Y yo, en la

otra punta del país, sin poder ayudar en nada... Mejor que no piense en ello o me pondré enferma.”

Una llamada al móvil del cabo Boades cuando ya prácticamente estaba entrando en el aparcamiento y más coches patrulla de lo habitual en la puerta la sorprendieron.

“¿Un asesinato? ¿Como los del amigo Mankell?”, se dijo con ironía, pensando en el escritor de novelas policíacas que tanto la entretenía.

“Algo pasa, está claro.”

Y con decisión, dejando de lado sus propias historias, empujó la puerta de comisaría.